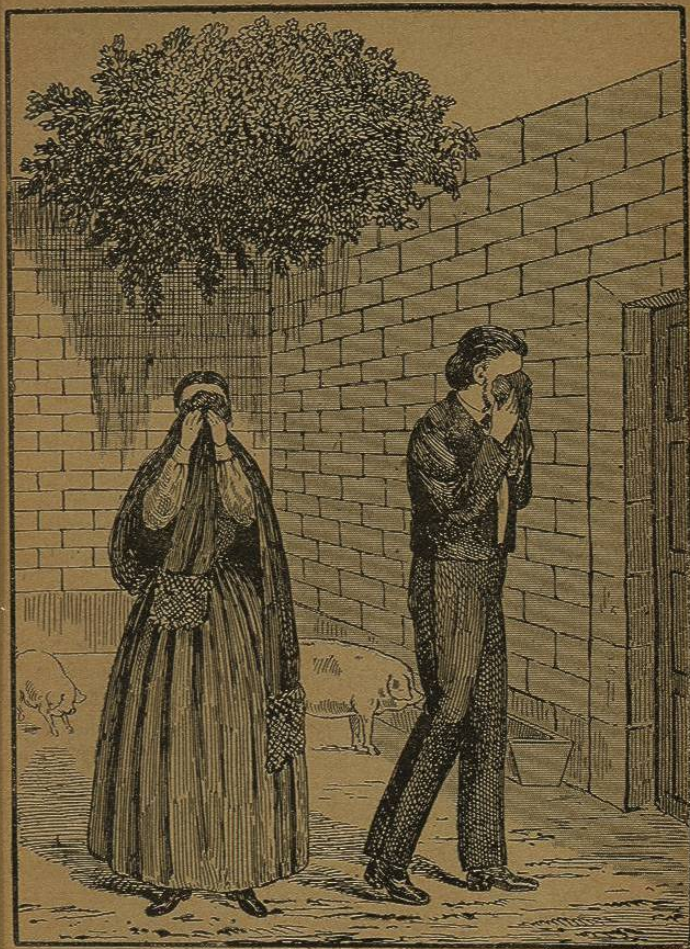


de satisfacer el ultraje, es vd. un infame con medir sus fuerzas con un pobre viejo que á deshonra tiene alternar con un ladrón como vd.; conmigo se ha de rifar, grandísimo... y se le cerró desde luego á las trompadas, sin darle tiempo á usar de su puñal; la lucha fué reñida, y agarrándose á brazo partido forcejeaban desesperados, sin lograr obtener ni uno ni otro conocida ventaja; por fin, haciendo Lorenzo un fuerte empuje, vaciló su contrario, y redoblando sus fuerzas, cayó D. Epitacio de costillas, y Lorenzo montado sobre él, le apretó los lagartillos de los brazos con las rodillas, y con ambas manos, á derecha é izquierda le empezó á repetir tantas bofetadas, que lo dejó medio muerto, cumpliendo su propósito de que se le campanearan las muelas, y que para mientras viviera se acordara del peso de sus manos.

Así que ya no hizo su adversario ningún esfuerzo, lo arrimó contra la pared, le puso de cabecera su sombrero, le quitó el puñal que llevaba, lo tapó con su manga, y muy satisfecho, soplándose los tanganitos de los dedos de las manos que se los peló contra las quijadas de D. Epitacio, se fué adonde estaba su caballo, se montó y cogió el mismo camino que había traído paso á paso, descansando de la fatiga, sin haber sido visto ni observado de ninguno. Ya por ahora, se decía á sí mismo, dejamos arreglado este negocio; no le quise hablar á ese bribón nada de Refugito porque no crea que ella me avisó; pero si de esto escapa y no muere, yo le enseñaré á tratar como se debe, á esa niña, á su ama, á la dueña de los intereses que está dilapidando; varias veces me vi tentado de alzar tantito la mano, y pegándole en las sienas despacharlo de una vez; pero como me propuse sólo quebrarle las quijadas, ya no hice más empeño. Pero vaya si no me ha costado tantito trabajo, y qué torpe estoy para las luchadas, de veras que el meco ése tenía fuerzas y se defendía furioso; pero luego que le hice la tortuga trastabilló y dió tan fuerte zapotazo, que no hacía más que tirarme de patadas queriéndose chispar de entre mis piernas; si no se hubiera burlado de mí diciéndome mocoso y quién sabe qué cosa de la cartilla y la escuela, puede que me hubiera contentado con darle unos cuantos zoquetazos; pero me la echó de hombre, no procuró darme una satisfacción de la ofensa, y allá se las haya por



Tierna despedida.

buscarle tres pies al gato : es verdad que me dió cuatro ó seis puñetes en los lomos, y otros que me quité con el brazo izquierdo, pero el que yo le metí de abajo para arriba cuando iba á sacar su puñalito, estuvo de cajeta : y ahora que recuerdo, para qué me traje este puñal, yo no necesito hierro, con mis manos me basta, y trató de arrojarlo á la barranca, se quedó pensativo y dijo : Guardémoslo porque puede que sea necesario enseñárselo algún día. Hizo tiempo para llegar á buena hora, y al ir á saludar á su maestro, le advirtió éste algunas manchas de sangre en los puños de la camisa, la pechera desgarrada, las manos hinchadas y algo de raro y extraordinario en el común estar de su rostro que lo alarmó, y preguntó lleno de inquietud :

— ¿ De dónde vienes, hijomío ? — De Jungapeo. — ¿ Entonces tú no fuiste á tu casa ? — No, señor, ni lo he pensado. — ¿ Qué has ido á hacer al pueblo ? — A vengar un agravio. — ¿ Pero qué agravio han podido hacerte ? — Han ultrajado las venerables canas de un anciano. — ¿ Y quién te mete á ti en esas cosas ? — No debía consentir que tal infamia se quedase impune. — ¿ Pero de cuándo acá te me has vuelto tan Quijote ? — Desde ayer tarde que lo supe. — Explicate, Lorenzo, me pones en conflicto con tu arrogancia, no te comprendo.

— Pues, señor, la cosa nada tiene de extraño ; supe que ayer por causa de los asuntos de la testamentaría tuvo mi señor padre un mal rato con D. Epitacio, que quiere armarse con el santo y la limosna ; es imposible que puedan conciliarse jamás un hombre de bien y un pícaro ; la cosa se incendió y llegó al extremo de que ese infame y cobarde le dió una bofetada á mi padre públicamente, el pobre sufrió la ignominia, se ha tenido que retirar humillado y lleno de vergüenza ; yo soy su hijo, lo amo de todo corazón, y fui á que me la emparejara para que completara su obra, la suerte me ayudó y lo he dejado tendido roncando un rato, eso es todo lo ocurrido, que nada tiene de particular. — ¿ Si habrás ido á hacer la diablura de matarlo ? — Si tal cosa ha sucedido, señor maestro, yo no tuve tal ánimo, me propuse sólo quebrarle las quijadas, bastante cuidado tuve para no darle en un sentido, y no lo juzgo tan delicado que las lie por esa friolera. — Ahora verás en qué cuidado nos pones por no reflexionar en lo que haces y llevarte de los ímpetus de

tu genio fogoso y loco, con semejantes escándalos. — Sobre eso no tenga vd. tampoco cuidado, nadie nos ha visto, y le tanteé tan bien el golpe, que ni modo de que se me escapara. — ¡Cómo es posible que hayas hecho también una vileza! — No, señor, lo espíe, y cuando me pareció á buen tiro, me volví á encontrarlo cara á cara, me dí á conocer, le expliqué el objeto de mi viaje, se burló de mí, y nos agarramos á las trompadas, metió mano á su hierro, me le cerré como los hombres, luchamos tantito, á la primera jugadilla lo porraceé, y á mi sabor cumplí mi propósito, lo dejé en el mismo sitio muy abrigadito, y me volví para acá al puro tranco de mi caballo, san se remató y es cuanto.

— ¡Quién sabe qué fatales consecuencias tendrán estas locuras! — Si acaso hay algo de fatal será para él, porque de seguro no volverá á mascar cacahuates. — Tal vez ese hombre ya le habrá dado una satisfacción á tu padre y tú has ido á hacer una tontería. — No lo crea vd., señor maestro, eso sólo lo hace la gente fina, éste es un meco, que ni lo habrá pensado. — Siempre tú has hecho mal, debías de haber ido á ver á tu padre y... — No prosiga, señor maestro, mi padre me manda que no me mezcle en esos asuntos, y á fuerza tengo que morderme un codo y estarme fuerte. — Pues para eso hay justicia, se eleva la queja, y ella castigará al culpable.

— Eso había de haber hecho D. Epitacio si mi padre le faltó, quejarse á la autoridad; pero la quiso echar de valiente tomándose la justicia de propia mano, y yo seguí su ejemplo, con la diferencia de que eligió para eso la plaza pública á la luz del día, y yo el paraje más solito, en la obscuridad de la noche; él quiso que todo el pueblo lo viera, y yo me excusé para que nadie lo sepa, sólo á vd. he comunicado esto, y confiado en su prudencia le suplico que ni á mi padre le cuente lo acontecido, ya veremos lo que sucede; á lo hecho pecho.

— Y, á lo por hacer remedio, hijo mío, y yo también te suplico que me trates con entera confianza, que me consultes, soy tu verdadero amigo, y tal vez un consejo á tiempo podrá cortar consecuencias funestas que tú no preveas.

El domingo fué á Jungapeo : antes de llegar á su casa se encontró con Refugito en la plaza : ésta encomendó á la criada la

compra del recaudo y se puso á hablar con Lorenzo adonde no podían ser escuchados, en los paredones de la casa del diezmo.

— Recibiste mi carta, Lencho; yo no sé por qué después de mandártela me pesó.

— No sé de qué carta me hablas, Refugito, le respondió queriendo ver por dónde despuntaba.

— Vaya, si no te la dieron me alegro, porque me puso en cuidado. — ¿En cuidado? pues ¿qué me decías en ella?

— Nada, nada, tú, hoy te contaré eso despacio, es cuento muy largo. — ¿Y qué milagro que saliste sola á la plaza?

— Está mi tía en la tienda, porque mi tío está en cama muy malo. ¿Qué no has sabido su desgracia? — No, cuéntamela.

— Que como ahora ha mudado el amasijo á la tienda vieja, el pobrecito tiene que ir todas las noches á ver á los panaderos. El jueves cuando llegó se encontró con que ninguno estaba allí; ya eran las diez y ni siquiera habían mojado la harina : le dijeron que estaban en un fandanguito en casa de la Tempolocata, y por no venir á ensillar hasta acá, quién sabe quién le prestó un caballo de falsa rienda, el resultado fué que ese maldito animal se le partió reparando á media subida, lo tiró, y quedándose atorado de un estribo lo arrastró por la cuesta abajo un gran trecho. Lo esperamos hasta muy tarde; mi tía se puso hecha una leona y cada rato quería ir á buscarlo, se desmechó solita, renegaba, y cuando le pregunté qué tenía, me decía llena de rabia : « Estoy celosa, estoy celosa. » Ay, tú, qué miedo da ver á una mujer celosa; por fin, á la madrugada trajeron á mi tío unos arrieros que lo encontraron tirado en el callejón de las Amescuas.

— Pues no he sabido nada. — ¿Qué no pasas á saludarlo? ya te ha de haber visto mi tía desde la tienda y no vayan á decir que sólo vienes por mí.

— ¿Pero qué ha sido cosa de cuidado? — Sí, tú, tiene astilladas las quijadas y ha estado escupiendo los dientes y las muelas; mira una, y tiene tres pies.

— ¡Caramba, qué muelota! estaba fuerte y sana.

Y al disimulo se la fué guardando en la bolsa.

— Conque allá nos veremos, ya me he dilatado; y se separaron.

Lorenzo se dirigió para la tienda : la tía lo recibió como siempre y lo hizo pasar para adentro ; penetró hasta la recámara donde estaba D. Epitacio á guisa de Santo Entierro, tendido en su cama lleno de vendajes, con una cara monstruosa por la fuerte inflamación que tenía ; una criada con una pisterita de hoja de lata le echaba un líquido por un lado de la boca, que era lo único que podía pasar.

— ¿Qué ha sido eso, amigo D. Epitacio? preguntó Lorenzo.

— Una desgracia, niño, contestó la criada ; lo arrastró un caballo la otra noche en la cuesta de Tepangareo. Salió la criada, y el enfermo con voz balbuciente le dijo : Ya... nos... veremos... — Cuando guste, amigote, ya sabe cómo me llamo, estoy en la escuela y ahí verá que el que sabe quebrar quijadas, puede que se ingenie en rebanar tripas : mire, ya tengo con que quererlo ; y le enseñó la cache del puñal que le quitó : conque por ahora cantaritos y aliviese lo más pronto.

Entró Refugio, saludó á Lorenzo para disimular que se habían visto, y le dijo : Qué dices, Lorenzo, ¿qué golpe tan feo, Jesús ! nadie está safo de una mala hora.

— Ha sido una desgracia, Refugito, lo siento en el alma, replicó con marcada ironía, cuidalo con esmero, es tu tío y hasta que te quiera tanto para que correspondas á las muchas atenciones y cariño con que te trata. Conque, D. Epitacio, me retiro.

Refugio salió á esperar á Lorenzo á las piezas de afuera, y entretanto éste, tendiéndole la mano á D. Epitacio, lo obligó por aquella demostración á que sacara la suya ; se la tomó Lorenzo, y le dió tal apretón, que lo hizo retorcerse como culebra, á la vez que le decía : Esa es la orilla, amigote, adelante está el pueblo, por el sobrescrito se saca la carta. Salió, se abrazaron ambos amantes, diciéndole Lorenzo en voz alta : Cuidalo, Refugito, porque no veo la hora de que se alivie.

Siguió Lorenzo su camino para el rancho, y al ver á su padre con tamaño moretón en un carrillo, le preguntó como sorprendido : ¿Qué ha sido eso, padre mío?

— Nada, hijo, un descuido, una distracción. Iba al pueblo, y bajando por Tepangareo, ese maldito caballo tortuguillo se espantó y dió tan fuerte rastrillazo, que cogiéndome desprevenido, por poco me chispa de la silla, y por atender á la rienda

me pegó un azotazo una rama de guayabo, que no faltó nada para que me sacara un ojo.

— ¡Qué malditísimo caballo, señor ! Deje vd. que yo salga de la escuela para cogerlo á cargo, yo le ofrezco quitarle esa mala maña. Pero qué cuesta esa tan desgraciada, señor padre, pues el jueves en la noche le dió á D. Epitacio una arrastrada un caballo, que por poquito estaca la zalea ; creo que allí se les mete el diablo á los caballos de resabio.

— ¿Quién te ha contado eso? — Yo que he ido á visitarlo ; ya ve vd., en la cama y en la cárcel se conoce á los amigos : está el pobre hombre con todas las quijadas hechas astillas ; tiene una carota que da horror, no le ha quedado una muela buena, y sólo pasa con mil trabajos algunos líquidos con que lo están manteniendo.

— Dios castiga sin palo ni cuarta, decía D. Juan para sí mismo.

Después de comer se volvió Lorenzo para la villa ; iba pensando en lo ocurrido, diciendo : Hasta ahora, D. Epitacio se ha estado fuerte, me dijo que ahí nos veremos ; pues corrientes, nos veremos, ya sé que para la lucha no vale nada, y que más duros son mis huesos que los suyos ; con lo último que le dije habrá entendido que no ignoro el mal trato que le da á Refugito, y ha de ser muy bestia si no conoce que sobre ese asunto tenemos cuenta pendiente que arreglar. Respetto de mi señor padre, no me ha querido decir la verdad, y se excusó echándole la culpa al tortuguillo ; luego le da vergüenza decirme que se ha dejado insultar : tiene razón, yo haría otro tanto, jamás le exigiré más aclaraciones, ni mucho menos sabrá por mi boca que me hice cargo de la revancha : quédese todo en tal estado y vamos andando.

Luego que llegó, fué D. Primitivo lleno de cuidado á que le contara lo ocurrido, se lo dijo todo, excepto lo de que estaba aplazado con D. Epitacio, quien no pudo aliviarse y salir hasta los tres meses. En todo ese tiempo estuvo frecuentando sus visitas Lorenzo ; por último, en una de ellas, cuando ya estaba repuesto, se promovió conversación sobre el asunto pendiente, y conociendo D. Epitacio que su adversario había adquirido más potencia, mientras que en él sucedía lo contrario, tuvo que ponerle una transacción.

— Yo soy tan bueno por la buena, como malo por la mala, contestó Lorenzo; he sido el agraviado, porque vd. hizo la felonía de faltarle á mi padre; y si está determinado á que le echemos tierra á este negocio, yo sólo le exijo que le dé una cumplida satisfacción: creo que ya no tendrán que atravesar palabra, porque el señor juez de letras me ofreció formalmente admitirle la renuncia del albaceazgo que tiempo hace que está solicitando.

— ¿Pero en qué forma quieres esa satisfacción, Lorencito?

— Muy sencilla. Le escribe vd. una carta disculpándose del hecho y solicitando su amistad: el domingo me lo traigo por acá, se hace vd. el contradizo, le habla como antes, nos trae vd. á almorzar á su casa y nos largamos después: si le conviene nuestro trato, corrientes, y si no, lo mismo se nos da, ni solicitamos favor ni compramos amistades. Lo que vd. le escriba á mi padre estoy seguro que no lo divulgará, y como su ofensa fué pública y todos creen que han quedado chocados quiero que vean que están reconciliados y tan amigos como siempre. Eso es respecto de mi señor padre: en cuanto á nosotros, le pongo dos condiciones que me ha de ofrecer cumplir como los hombres: la primera, que jamás diga á nadie que yo tomé parte en este negocio; y la segunda, que trate á su sobrina como quien es, como á una niña virtuosa, como á una señorita, como á la dueña de la casa, que por mil títulos es acreedora á las mayores atenciones; porque si llega á mis oídos que se repite la escena última en que la trató como acostumbra hacerlo con su mujer, brinco las trancas, D. Epitacio, no respondo de mí porque tengo mal genio, y sería capaz de divulgar adónde va vd. á buscar á los panaderos que tiene en el amasijo, cuál fué el caballo que lo arrastró por Tepangareo, y para comprobarlo les diría: Vayan á la casa del Chirimoyo, en el callejón de las Amescuas, y verán una chaparrita de pelo cespó; miren esta muela matriculada que quién sabe cómo se me enredó entre los dedos, y este puñalito que cambalacheé en la escuela cuando me llevó D. Epitacio á decorar la cartilla. Conque así, amigo mío, resuélvase, yo tengo justicia, y si vd. conoce la razón, aquí queda cortado este negocio.

Conoció D. Epitacio que no había más que ceder, que Lo-

renzo estaba al tanto de otro secreto; que era muy capaz de hacer lo que le había dicho, y accedió á todo; puso la carta en los términos que se la dictó Lorenzo, quien se encargó de remitirla, enseñándola antes á su maestro para que viera la conclusión de eso que lo tenía en gran cuidado. El domingo, acompañado de su padre, se efectuó todo lo dicho, y D. Epitacio á su pesar, le ofreció solemnemente cumplir con lo demás, procurando siempre ver cómo conseguía desterrar á Lorenzo de la casa y estorbar con disimulo el que siguiera enamorado de su sobrina.

Mientras que D. Juan agitaba la admisión de su renuncia, D. Epitacio echaba empeños para que recayera en él el albaceazgo, hasta que por fin ambos lograron su objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33487